

El último verano de Melanie

Marta Zurera

Fragmento

1

Agosto de 1987

Todo comenzó aquel año. Los Hamilton vivían en uno de los pueblos más pintorescos de Vermont, como era sin duda Stowe, rodeado de colinas y montañas prominentes y una densa vegetación que, al teñirse de colores vivos, mostraba un gran encanto en plena temporada de verano y otoño, y llenaba todo el lugar de una explosión de colores. En él se encontraba el Mount Mansfield, una de las montañas más populares del condado, que alcanzaba los mil metros sobre el nivel del mar. Entre el follaje y los valles cubiertos de bosques podían verse numerosos lagos, puentes y algún río que incluso atravesaba el propio pueblo. Esto era algo que fascinaba a todos aquellos que pisaban y vivían en Stowe. A pesar de toda esa belleza natural que los rodeaba, los Hamilton residían en uno de los barrios más tranquilos y alejados del centro del pueblo, lo que a veces inquietaba un poco a la madre de Melanie. Aun así, era el más cercano al lago y el que tenía las mejores vistas de él.

Melanie cruzó la puerta dejando atrás el olor a pastel de carne que preparaba su madre y salió al jardín. Enseguida notó en la cara la suave brisa de finales de verano y los rayos del sol, que, como era normal en Stowe, seguía brillando resplandeciente con una agradable calidez.

Se fijó en un camión de mudanzas que había dos casas más allá en la acera de enfrente y que llevaban viendo toda la mañana. Según su madre, los Davis se mudaban a Nueva York, algo que muchos vecinos de aquí no entendían pero que, tal como le había dicho a Melanie, le parecía digno de envidia. Tenía sentido: ella se había criado allí, en la gran ciudad, y todavía no había llegado a acostumbrarse a un sitio tan tranquilo y solitario, al contrario que su padre, que había crecido en ese lugar y en esa misma casa en la que vivían.

Echó a correr mientras oía cada vez más lejos la cuenta atrás de su hermana y se escondió en la parte trasera de la casa, junto a un árbol. Esperó impaciente, intentando contener la risa de la emoción, cuando de repente escuchó un ruido y se dio cuenta de que algo se movía entre los setos. Unos ojos verdes la miraban fijamente y enseguida supo que era él.

—Ven aquí, bonito —le animó con las manos.

Sin embargo, el gato atigrado de rayas delgadas y una pequeña nariz moteada seguía mirándola atentamente.

La niña chasqueó la lengua y le dijo en voz baja:

—Ahora no puedo ir, Sky.

De pronto escuchó una voz a su derecha e inmediatamente reconoció a Ryan, con su tez clara y su cabello rubio platino, cruzando el jardín que conectaba con el suyo. Era de su misma edad, quizá tenía unos meses más que ella y, desde que se había mudado allí hacía ya un año, eran inseparables.

—¿Qué haces? —dijo curioso con una sonrisa mientras se acercaba a ella.

El gato salió corriendo entre los setos que había tras la casa.

—Shhh. —Le hizo también una seña con el dedo sobre la boca—. Que nos va a ver.

—¿Quién?

—Mi hermana. Estamos jugando al escondite.

No pasó mucho más hasta que, de pronto, escucharon a Amy decir a voces:

—Ya voy. ¡Si no te has escondido, tiempo has tenido!

La niña tardó unos minutos en salir al jardín y rebuscar en el pequeño porche de la casa.

Luego miró tras los árboles y, después, se acercó rápidamente a la caseta de herramientas que había junto a la entrada con la esperanza de encontrarla allí. Pero cuando vio que no estaba, echó un vistazo a su alrededor y se dirigió como un rayo a la parte de atrás de la casa.

—¡Te pillé! —gritó Amy por sorpresa.

El jardín no era muy grande y se sorprendió al no encontrarla ahí tampoco.

—Está bien, Mely. Tú ganas —dijo ahora mientras se dirigía a la casa y entraba de nuevo.

Esperó unos instantes a que su hermana saliera de su escondite, pero no apareció.

Sin embargo, Ryan y Melanie, que habían reptado para atravesar los setos, corrían alegres sin soltarse de la mano y en la misma dirección en la que se había marchado antes el gato. Reían mientras se volvían hacia atrás para asegurarse de que Amy no los

hubiese visto ni los siguiera. Melanie sintió cómo sus coletas brincaban y bailaban entre sí como pequeñas saltarinas; era algo que le encantaba.

Se deslizaron entre la vegetación como pequeñas lagartijas, apartando de su camino algunas molestas ramas. Los árboles se alzaban altos frente a ellos como enormes gigantes, haciéndoles sentir pequeños e insignificantes insectos. Aun así, para ellos era un lugar mágico que adoraban y que solo ellos dos conocían. Desde que lo habían descubierto hacía unos meses, era como su guarida secreta. Nadie podía saber que existía, y mucho menos de la de Sky, el gato que cuidaban porque no tenía familia. Ambos sabían que, si sus madres se enteraban de la existencia de aquel lugar, no les dejarían volver allí y nadie podría cuidarlo.

Había un claro rodeado de árboles donde la luz del sol se colaba entre las hojas. En el centro pasaba un río de agua cristalina y un pequeño puente de madera lo cruzaba.

Los niños sabían que aquel era el lugar donde vivían las hadas. Sentían su presencia en el aire y en el susurro de las hojas. Cada vez que iban allí, se imaginaban —e incluso creían ver— hadas jugando entre las flores y pequeñas criaturas correteando por el bosque.

Frente a ellos había un árbol gigante, tan alto que no alcanzaban a ver la copa. En su tronco había un agujero que el tiempo y la naturaleza habían abierto. Ellos pensaban que era la entrada a un reino lleno de aventuras y tesoros.

La vegetación era densa, con helechos altos y hojas grandes que se movían suavemente con la brisa. El aire olía a hierba fresca y flores silvestres, y alguna ardilla los observaba mientras pasaban corriendo. Todo estaba en calma, solo rota por el murmullo del río.

Los dos se soltaron de la mano al llegar al pequeño puente. No estaba muy lejos de casa, pero era su atajo secreto hacia el lago del pueblo. Y, sin embargo, su escondite estaba allí mismo, en ese rinconcito entre los árboles junto al río y rodeado de naturaleza, lo que lo convertía en un lugar especial, casi mágico.

Enseguida vieron a Sky junto a la orilla bebiendo agua. Debajo del puente tenían un plato para su comida, que en ese momento estaba vacío. Bajaron la cuesta con sumo cuidado mientras que este los miraba fijamente.

El primero en bajar fue Ryan, que, tras pisar con firmeza la orilla del río, ayudó a Melanie a bajar. No era una cuesta muy grande ni complicada de subir, pero sí algo resbaladiza.

Se sentaron bajo el puente y Ryan sacó de su mochila una bolsa de galletas de mantequilla. Cogió un puñado, las partió en mil trocitos y los echó en el plato de Sky, que apareció rápidamente para empezar a comer.

Melanie se acercó a la orilla y comenzó a jugar con las manos dentro del agua, sintiendo que la corriente del río la arrastraba con una delicada fuerza. Poco después se unió Ryan, que le ofreció galletas.

—Me encanta este sitio. Ojalá mis padres y mi hermana pudieran verlo, les encantaría —dijo mientras cogía una galleta de la bolsa.

—Ya, supongo que a mis padres también.

Hubo un pequeño silencio mientras Sky masticaba con ganas los trocitos de galleta del plato.

—¿Por qué tu padre no vive con vosotros, Ryan? —preguntó Melanie.

—Porque está trabajando en Dytiatky, donde vivíamos antes.

—¿Y por qué no vas a verle?

A Ryan se le escapó la risa.

—Está en otro país muy lejos de aquí, Mely. Sin coche no podríamos llegar.

Ella asintió, como si tuviese toda la razón del mundo.

—Mi padre también trabaja lejos de aquí. Últimamente le vemos poco —dijo algo cabizbaja, hasta que notó que Ryan la salpicaba para animarla.

Comenzaron a reír y a tirarse agua el uno al otro mientras Sky, tumbado y reposando la comida, los miraba con indiferencia.

El sol empezaba a esconderse y se veía ya un precioso atardecer; poco después, sintieron cómo les rugían las tripas, conscientes de que se aproximaba la hora de cenar, por lo que decidieron volver a casa.

—¿Mañana a la hora de siempre? —dijo Ryan.

—Sí, mañana traeré queso para Sky.

Él asintió y le dio un beso tímidamente en la mejilla.

Cuando entró por la puerta de casa, su madre se lanzó a abrazarla.

—¡Por Dios, Melanie! ¿Dónde te habías metido? —dijo agarrándola de los brazos.

—Estaba jugando al escondite.

—¿Y dónde estabas si se puede saber? —preguntó Amy con curiosidad y retintín—. He mirado por todas partes de la casa y no estabas en ninguna.

—Ah, nunca lo sabrás.

Se miraron desafiantes.

—Ya está bien —interrumpió su madre—. Melanie, sabes perfectamente que no puedes darnos estos sustos, no puedes desaparecer así como así. Y tú, Amy, tienes que estar más pendiente de tu hermana cuando estoy ocupada en la cocina.

—Pero, mamá... —repuso Amy.

—No quiero escuchar quejas. Ahora a cenar y a la cama.

Una vez que terminaron de comer y recogieron la mesa, Melanie aprovechó para asomarse por la ventana del salón y vio que el cielo ya se había oscurecido. Miró las estrellas y se acordó de Sky, le preocupó si estaría bien o si tendría frío, pero por lo que parecía no tenía pinta de ponerse a llover. Echó a correr escaleras arriba mientras dejaba atrás la cocina y el ruido de los platos, y se asomó a la habitación de Amy para comprobar si estaba ahí.

—¿Estás enfadada? —dijo con voz tierna.

—Sí, mamá me ha regañado por tu culpa. Déjame en paz. No volveré a jugar contigo al escondite.

—Pero yo no quería...

—Que me dejes en paz. Ojalá no hubiera tenido nunca una hermana pequeña como tú. —Y se dio la vuelta en la cama para mirar la pared y darle la espalda.

Melanie agachó la cabeza y se fue a su habitación. Cogió su murciélago de peluche y se metió en la cama mientras observaba de nuevo las estrellas por la ventana.

No supo cuánto tiempo pasaba hasta que sintió que los párpados le pesaban, y los ojos se le fueron cerrando poco a poco mientras olía la fragancia de su madre y notaba un último beso en la frente.

Las farolas iluminaban las calles vacías y el reloj marcaba las 0.25 de la noche cuando de repente se oyó un ruido en la calle. Elizabeth se levantó y comprobó que las niñas dormían plácidamente en sus respectivas habitaciones. Pero, al escuchar algo de nuevo, volvió a su habitación y se asomó por la ventana para averiguar de dónde provenía ese sonido metálico tan rechinante.

De repente vio a un hombre en mitad de la carretera arrastrando una pala bajo la lluvia mientras miraba al suelo. El roce de la pala con el asfalto producía un sonido suave pero chirriante y constante que no pasaba desapercibido. Se fijó en que esa persona cojeaba.

De pronto, el hombre se paró en seco y oteó a su alrededor, como si buscara algo, y ella enseguida contuvo la respiración. Sin apartar la mirada, notó que temblaba. Algo de lo que veía no le daba buena espina.

Se percató de que el hombre estaba plantado ante su casa. Y entonces comenzó a levantar la vista, lentamente, hacia la ventana donde estaba Elizabeth.

Sintió un vuelco en el corazón y cerró las cortinas de golpe. Su respiración se aceleró y se sentó en el borde de la cama durante unos segundos. Pensó en Marshall, su marido, y en cómo le gustaría que estuviera allí con ella.

Respiró hondo y volvió a asomarse para comprobar si el hombre se alejaba de la casa, pero ya no estaba a la vista. Miró a ambos lados de la carretera; había desaparecido.

En ese momento se oyeron unos fuertes golpes llamando a la puerta.

Sin encender ninguna luz bajó las escaleras en silencio, intentando no hacer ruido mientras los golpes volvían a repetirse, esta vez más insistentes.

De repente se sobresaltó al oír una voz grave desde el otro lado de la puerta:

—Señora, sé que está ahí. Por favor, necesito ayuda. ¿Puede abrirme?

Elizabeth se paró frente a la entrada mirando la puerta como si hubiese visto un fantasma. Se acercó lentamente, echó un vistazo por la mirilla y vio de cerca al hombre de la pala, que tenía los ojos oscuros y algo de barba. Finalmente se atrevió a responder:

—¿Qué le ocurre? —Se dio cuenta de que todavía temblaba.

—Se me ha hecho tarde y no tengo forma de llegar a casa. ¿Puedo hacer una llamada?

—Lo siento, voy a avisar a la policía. Enseguida vendrán a ayudarle.

—No es necesario, solo le pido hacer una llamada.

—Lo siento —titubeó—, no va a entrar en mi casa.

En ese instante, el hombre dio un golpe tan fuerte desde el otro lado que pareció que iba a tirar la puerta.

—¿No me va a ayudar?

—Por favor, márchese. Voy a llamar a la policía ahora mismo.

Se apartó de la puerta como si le diera miedo que el desconocido la atravesara y se abalanzara sobre ella y esperó, inquieta.

Solo hubo silencio hasta que escuchó unos pasos tras ella que la sobresaltaron.

Era Amy.

—¿Qué ocurre, mamá?

—Nada, cariño, alguien que se ha equivocado de casa. —Le acarició suavemente la mejilla al decirlo—. Regresa a la cama, cielo.

Cuando Amy volvió escaleras arriba, Elizabeth se acercó de nuevo a la puerta y echó otro vistazo por la mirilla, pero el hombre ya no estaba. Fue sigilosamente hasta la ventana e intentó mirar alrededor. Nada. Sintió un nudo de nervios al pensar que podía seguir por el jardín, en algún punto alrededor de la casa.

Fue al salón, cogió el teléfono con torpeza y llamó a la policía, que la informó de que estarían allí en unos minutos. Eso la tranquilizó y respiró aliviada.

Subió rápido a los dormitorios de las niñas para comprobar que todo iba bien. Sin embargo, fue entonces cuando el corazón se le encogió de verdad. Melanie no estaba en su cama. Lo último que escuchó fue el ruido de un motor alejándose a toda pastilla.

2

Junio de 2023

A pesar de que Stowe no destaca mucho por ser uno de los lugares con el clima más cálido en verano, aquel día los vecinos podían sentir cómo los chorretones de sudor se les deslizaban por la frente. Para ellos, era un día bastante caluroso e insoportable. Aun así, los niños y las niñas salían a jugar igualmente a la calle y se disparaban con pistolas de agua agradeciendo cada salpicadura que recibían entre risas.

Cuando Stella bajó del Mini descapotable, se recolocó la falda de tubo con elegancia y agarró la carpeta junto con unas llaves. Cerró la puerta del coche con un golpecito suave de la cadera y se dirigió hacia la pareja que la esperaba frente a la casa.

—¡Buenos días! —dijo tendiéndoles la mano—. Soy Stella. Veo que han sido muy puntuales, ¿eh?

—Sí, la verdad es que no hemos pillado mucho tráfico. Parece un pueblo tranquilo, ¿no? —respondió Jacob.

—Así es. Y este vecindario lo es todavía más —dijo mientras metía la llave en la cerradura y abría la puerta—. Es muy íntimo y familiar. Además, a pocos metros de aquí tienen cerca el lago, para que se refresquen y se den un buen chapuzón cuando quieran.

La pareja asintió conforme y entró en la casa con curiosidad. Stella se acercó a las ventanas y descorrió las cortinas para que entrara la claridad de fuera, lo que hizo que al instante se iluminara todo el salón, dejando ver diminutas partículas flotantes de los rayos de luz que penetraban por la ventana. La construcción era muy antigua, pero era cierto que llevaban mucho tiempo buscando una ganga que pudieran permitirse y aquello era lo que más se le aproximaba. A pesar de las condiciones en las que se encontraba, les interesaba por el precio que tenía, que les permitía afrontar la reforma necesaria. No era perfecta, pero estaba muy cerca de la agencia de viajes a la que habían trasladado a Jacob, a veinte minutos de allí en coche.

—Vaya... ¿Cuántos años tiene esta casa? —preguntó la mujer.

—La verdad es que esta vivienda se conserva desde hace generaciones y, bueno, es una de las pocas casas que sigue intacta de la zona, ya que hace ya varios años que residieron aquí sus últimos inquilinos. Si han echado un vistazo antes por el vecindario —dijo mientras atravesaba el salón para descorrer las últimas cortinas—, se habrán fijado en que todas mantienen su estilo arquitectónico de madera, con tablones solapados. Es uno de los encantos de este pueblo. Su estilo victoriano.

Ambos asintieron mientras miraban a su alrededor observando cada rincón, y Stella les guio en un pequeño tour por el resto de la casa. Los muebles eran clásicos de los años ochenta, lacados de color negro y, en algunos de ellos, con estampados de flores. La verdad es que no ayudaban mucho al ser tan antiguos, pero la casa era bastante grande y, una vez hecha la reforma, podrían sacarle mucho provecho.

Llegaron a uno de los dormitorios de la planta superior y se asomaron por la ventana. Tenía vistas al lago y el paisaje era realmente espectacular. Stella continuó por el pasillo sin parar de hablar sobre la casa mientras Jacob apechugaba con aquel torbellino de palabras. Olivia, antes de llegar a salir del dormitorio, se fijó en el marco de la puerta. Pasó los dedos suavemente por aquel grabado de líneas que parecían indicar la altura de algún niño pequeño según el paso del tiempo. Lo miró con curiosidad.

—¿Qué fue de los últimos inquilinos, Stella? —preguntó haciéndoles parar en seco en el pasillo.

—Bueno, en teoría no sé si debería contarles esto, pero... —Hizo un gesto con la mano, quitándole importancia—. Verán, los Hamilton prácticamente crecieron en esta casa y tengo la impresión de que sufrieron mucho. Al parecer una de las niñas murió, la otra desapareció... En fin. —Stella desvió la mirada y por primera vez la vieron algo sosegada—. Fue una familia a la que se le desmoronó todo de un día para otro y acabó rompiéndose por completo. Es muy triste, la verdad.

—Dios mío, es horrible —dijo ella—. ¿Y qué sucedió con los padres?

—Ellos fallecieron más tarde; él en un accidente de tráfico y ella, por lo que se comentaba, murió de pena. Es increíble cómo puede cambiarle a uno la vida tan de repente, ¿verdad? Un día eres feliz y tienes todo lo que se puede necesitar y, al día siguiente, lo has perdido todo y no te queda nada. —Resopló—. Nunca se llegó a saber qué es lo que ocurrió exactamente, eso es algo que solo podría contar alguien que lo hubiera vivido. Sin embargo, fue una familia que se evaporó como si nada, como si nunca hubieran existido, y lo único que queda de ellos es esta casa. Es parte del pequeño corazoncito del pueblo.

Al decir la última palabra, Stella enseguida notó que había creado una situación incómoda. Se produjo un silencio hasta que volvió a hablar:

—Oh, Dios mío, soy una estúpida. No debería haberles contado nada de esto. Lo siento si les he podido molestar de algún modo. Pero para nada quiero que se sientan incómodos por la casa, por favor —dijo soltando las palabras una tras otra a una velocidad realmente increíble.

Ambos se dieron cuenta de que la misma Stella del principio, que parecía un puro torbellino, había vuelto con la misma energía que antes. Ella siguió hablando, pero hubo un momento en que ambos dejaron de escucharla. Jacob la cortó de repente.

—No te preocupes, Stella. Está todo bien.

—Ya, pero lo siento mucho, de verdad. Soy una bocazas. Una bocazas de primera. No debería haber dicho nada, si es que lo sé. Mira que siempre me dicen: «Stella, cállate un poquito». Pues nada, yo sigo hablando y hablando y hablando... hasta que meto la pata. Y mira que mi jefe me dice que no incomode a nadie con esta historia y, claro, ahora mismo me matará porque es evidente que ustedes ya no quieren la casa y que...

Olivia se volvió hacia su marido y este le devolvió la mirada mientras seguían escuchando de fondo a la mujer. Ambos se entendían desde siempre a la perfección y parecía como si realmente hablasen con los ojos. Stella continuaba hablando sin parar, y Olivia, cogiendo la mano de su marido, dijo:

—Nos la quedamos.

3

Agosto de 1987

La lluvia repiqueteaba contra las ventanas y se escuchaba pasar a los coches con gran ímpetu sobre los charcos de la carretera. El viento soplaba con fuerza haciendo que las ramas de los árboles se moviesen sin cesar.

Sonó el timbre por toda la casa como un relámpago de esperanza y Elizabeth se acercó rápido hasta la entrada. Cuando abrió la puerta, las luces de la sirena del coche patrulla la cegaron por un momento. Creyó por un instante que era ella, su pequeña. Seguía sin comprender cómo había podido ocurrir aquello. No entendía nada y sabía que nada tenía sentido.

—Inspectora Morgan.

Una vez hechas las presentaciones tras mostrar la placa, entró en la casa junto con el resto de los agentes, que comenzaron a dispersarse por el pasillo, directos a su objetivo. Elizabeth les indicó dónde estaba la habitación de Melanie y todos se pusieron manos a la obra.

—¿Y su marido? —preguntó.

—Mi... mi marido está en Atlanta por trabajo. Va a coger el primer avión que pueda.
—Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—De acuerdo. No se preocupe, haremos todo lo que esté en nuestra mano para encontrar a su hija. —Miró a su alrededor echando un vistazo a la casa y enseguida atisbó el salón a lo lejos—. Pero tiene que contarme todo lo que ha ocurrido exactamente tal cual ha sucedido.

La inspectora la guio hasta el sofá y Elizabeth asintió aterrorizada.

Morgan se fijó en las manos suaves y delicadas que acariciaban la alianza y, por su piel joven y cuidada, intuyó que tendría poco más de treinta años. Elizabeth explicó con detalle todo lo sucedido, desde el hombre que había llamado a su puerta hasta que se percató de que Melanie no estaba en su cama.

Según la narración de los acontecimientos, habían tenido que llevarse a la niña por alguna de las ventanas. Todo había sucedido demasiado rápido y, según relataba la madre, ella no se había separado en ningún momento de la puerta, por lo que no habían podido entrar en la casa por ahí. ¿Y la puerta trasera? Podría ser. Había una al final del salón, aunque no parecía que la hubieran forzado.

Sin pensarlo dos veces, se acercó para comprobar la puerta. La abrió y la cerró.

—¿Nunca cierra la puerta de atrás, señora Hamilton?

—La verdad es que no tenemos costumbre... —dijo con voz temblorosa.

—¿Cuánto tiempo pasó desde que perdió de vista al sospechoso?

—Pues... apenas unos segundos, no lo sé. Cuando apareció Amy, dejó de golpear la puerta y después, cuando volví a mirar, ya no estaba.

—Y, desde ese momento, ¿cuánto tardó hasta que fue al piso de arriba?

—Nada, transcurrieron unos instantes entre que hice rápidamente la primera llamada y subí. Es imposible que fueran más de dos minutos, creo. Pero ¡no lo sé! —Se llevó las manos a la cara, confusa, y comenzó a sollozar—. ¿Cómo es posible que en tan poco tiempo llegase tan tarde para mi hija? ¿Quién iba a pensar que...? —Rompió a llorar de nuevo.

La policía seguía registrando la casa y haciendo fotografías del lugar del presunto secuestro. Morgan intentó consolarla, como siempre hacía en ocasiones como esta.

—La encontraremos.

Con la voz quebrada, Elizabeth intentó darle una descripción de Melanie y enseguida informó a los agentes: rubia, ojos azules, de veinticuatro kilos y ocho años, que llevaba puesto un pijama de cuadros rojos, blancos y azul marino.

La casa estaba repleta de agentes de policía que iban de un lado a otro con sus guantes de látex para no contaminar posibles pruebas. Elizabeth, sin embargo, parecía aturdida hasta que sus ojos, que estaban muy lejos de ahí, se detuvieron rápidamente en un policía que pasaba por el salón. Llevaba algunas cosas de su hija en bolsas de plástico transparentes.

—¡Espere, no puede llevarse eso! ¡Es su muñeco favorito! —Se acercó al policía y le arrebató la bolsa de plástico, que contenía el peluche de un murciélago.

—Lo siento, señora —contestó el agente—, estaba encima de la cama en el momento en que se la... —Tragó saliva—. En fin, podría contener huellas. —Desvió la mirada a su jefa y esta asintió tranquila.

El joven esperó a que la madre se viera con fuerzas para devolvérselo, pero fue Morgan quien tuvo que acercarse a ella y cogerle la bolsa de plástico con delicadeza para volver a depositarla en manos del policía. Elizabeth se había derrumbado, pero intentó contenerse en cuanto vio a Amy aparecer en el salón.

—Mamá, no puedo volver a dormirme.

—Ven, cariño. No pasa nada —dijo dirigiéndose al sofá—. Descansa aquí un poco, los tíos estarán a punto de llegar.

Amy aceptó, se acurrucó en el sofá y reposó la cabeza sobre las piernas de su madre. Elizabeth, conteniendo las lágrimas, le acarició el pelo con suavidad.

La inspectora aprovechó para dejarlas un rato solas y fue a echar un vistazo por la casa. En la planta de arriba se encontraban únicamente los dormitorios y un pequeño baño. No obstante, para subir y bajar por esas escaleras había que pasar por el salón, lo que llamó su atención en ese instante.

En ese caso habría sido extraño que los secuestradores se colaran por la puerta trasera, ya que la madre había mencionado que, cuando el hombre estaba aporreando la puerta, Amy apareció en la entrada. Sin embargo, la madre mandó a la niña a la cama al cabo de unos segundos y, después de esto, no recordaba haber seguido oyendo los golpes. Si hubiese sido ese mismo hombre el que se llevó a la niña, no le habría dado tiempo a colarse por la puerta trasera. Así, era relativamente imposible que, una vez que hubiese entrado por esa puerta, subiera las escaleras sin cruzarse con Amy o incluso con la madre, que, tal y como había contado, debía de estar haciendo ya la llamada desde el salón. ¿Y qué pasaba con el momento de la fuga? Si el secuestrador hubiera subido a por Melanie, no podría haberse escapado sin que nadie se diera cuenta, por lo que, tanto para entrar como para salir, tenía que haberlo hecho desde la planta de arriba, seguramente por la ventana de su dormitorio. Sea como sea, aquel hombre no había podido actuar solo. Mientras él era un peón del despiste, alguien estaba colándose en la habitación de la niña. Por eso mismo, ni la madre ni la hermana habían podido ver nada, porque, cuando Amy estaba volviendo a su cama, alguien se estaba llevando ya a Melanie por la ventana. Y es posible que un tercero, o incluso el mismo hombre de la puerta, estuviese ya con el motor en marcha preparado para escapar.

El equipo de recogida de pruebas ya había terminado con la habitación y vio saltar el flash de la última fotografía.

—Por nuestra parte ya hemos acabado, inspectora.

Morgan asintió y vio cómo salían de la habitación. Se puso entonces unos guantes de látex y se acercó a la cama, que estaba junto a la ventana. No había signos de violencia por ninguna parte y estaba cerrada, sin señales de haber sido forzada.

La abrió y pasó los dedos por el interior del marco, en busca de algún detalle: un pelo, un trozo de tela..., algo que pudiese confirmar que se la habían llevado por ahí. Pero no encontró nada.

Luego se asomó. La ventana daba a la parte de atrás de la casa y no había mucha altura hasta el suelo. Si realmente habían entrado por ahí, era difícil que alguien hubiera visto cómo se llevaban a la niña. Aun así, todavía quedaba el ruido del coche en mitad de la calle.

Resopló y se volvió para echar un vistazo al cuarto. Era la típica habitación infantil de ensueño, llena de princesas y superheroínas. Por un momento sintió una punzada en el estómago que hizo que se llevase la mano a la tripa. Y es que ella sabía muy bien que no existían los cuentos de hadas.

Escuchó unas voces en el piso de abajo y se asomó por la barandilla de las escaleras. Al parecer habían llegado los tíos de las niñas.

Vivian era una mujer muy seca que parecía aborrecer a los niños, aunque, por supuesto, fingía ser cariñosa con las sobrinas de su pareja. Jeff era todo lo contrario, un tipo divertido y bromista.

—Cuánto lo siento, Eliza —dijo Vivian posando la mano sobre su cuñada como muestra de apoyo.

—Gracias por venir —contestó mientras abrazaba a su hermano.

En otras circunstancias, a Elizabeth le habrían